

Demografía y Estado de bienestar

Facilitar que las personas tengan los hijos que quieren tener

Enero de 2017

Ponencia impartida por **Carmen González Enríquez** en el Foro “Claves para una política demográfica española: una apuesta por la familia”, organizado por The Family Watch y el IRCO-IESE, en su participación en la Mesa de debate “¿Hacia dónde va la evolución demográfica en España?”. Carmen González Enríquez es Investigadora Principal del Real Instituto Elcano.

La tasa de natalidad en España -una de las más bajas de Europa, insuficiente para el reemplazo generacional – incide en dos problemas: la insatisfacción personal y el impacto en el Estado de Bienestar.

1. Insatisfacción personal

Más allá de incentivar a tener más o menos hijos, donde la política pública puede incidir es en facilitarle a las personas a tener los hijos que desean. Las mujeres, especialmente, suelen desear tener más hijos de los que tienen y por diversas razones no satisfacen este deseo.

Desde una perspectiva filosófico-biológica, uno de los sentidos de la vida es la perpetuación de la especie mediante la reproducción. Pero cada vez más la cultura y la civilización contemporánea nos aleja del instinto natural del deseo de reproducción, llegando incluso a ser más capaces de ir contra nuestros propios instintos. A través de la revolución higienista de los siglos XIX y XX, la aparición del Estado de bienestar y el sistema de pensiones, las circunstancias han cambiado. Anteriormente los hijos se consideraban necesarios económicamente para mantener la agricultura y asegurar el cuidado de los ancianos. Hoy en día, no existe esta necesidad pero sigue existiendo el deseo de ser madre entre las mujeres.

¿Cuáles son las razones de que haya un bajo número de nacimientos a pesar de que existe un deseo de tener más hijos? Son varias las causas, entre las cuales podríamos destacar la falta de vivienda, unido a bajos salarios y una alta tasa de paro. Esto además de impedir que se tengan más hijos, retrasa la emancipación de los jóvenes.

Por otra parte, las expectativas de los jóvenes actualmente son muy distintas. Durante los años 50 y 60, de los hijos que se casaban y tenían hijos, muchos seguían viviendo con sus padres. Convián en la casa abuelos, padres e hijos hasta que los hijos conseguían una vivienda. Hoy en día una situación así no se percibe como algo natural y esperable. Otra razón en el cambio del número de hijos es el cambio en la posición de la mujer, donde actualmente tiene mayor éxito universitario que el hombre y no quiere tener hijos hasta no asegurar su independencia económica; no acepta la visión de la mujer que se queda en casa cuidando a los hijos.

2. Consecuencias sobre el Estado de bienestar y sobre el sistema de pensiones

La pirámide de población actual ha dejado de ser una pirámide y se parece más a una seta. Lo que asegura el sostenimiento del sistema de pensiones es la tasa de dependencia: el número de inactivos que hay por cada activo. Esa tasa, en España, se deteriora progresivamente, lo que significa

que necesitamos más población trabajadora, en trabajos más productivos, por los que se puedan pagar salarios altos y que por lo tanto puedan hacer contribuciones altas al sistema de pensiones.

Una población con bajo porcentaje de cotizantes jóvenes y con salarios bajos, dificultará el pago de pensiones de quienes, durante su vida laboral, tuvieron mejores oportunidades y salarios. Ante este problema, la inmigración se ha presentado como un remedio, pero no podemos omitir las debilidades de dicha solución.

La primera es que los inmigrantes también se jubilan. La segunda debilidad, que en su mayoría se incorporan al mercado laboral en los escalones más bajos y en algunos casos ni siquiera cotizan, por lo que su contribución al sistema de pensiones es baja. Actualmente la tasa de paro de los inmigrantes está en diez puntos por encima de la media e incluso algunos grupos superan esta tasa. La tercera debilidad de la inmigración como solución al sistema de pensiones, es que, aunque los inmigrantes llegan con una tasa de natalidad más alta que la local, a largo plazo, dicha tasa de natalidad tiende a asemejarse a la de la población que lo recibe.

Por ejemplo, Ceuta y Melilla son las provincias españolas donde más crece la población y donde es más joven, pero también es el lugar que tiene una de las mayores tasas de paro, con poco empleo para la juventud, con formación escasa - pocos completan la Universidad-.

Hace falta una política pública de apoyo a la natalidad, que permita a las personas cumplir su deseo de tener más hijos y, sobre todo, un cambio en el modelo productivo, en donde el incremento de la población vaya ligado al incremento de productividad. En la relación entre población activa e inactiva, aunque los niños figuren en población inactiva, son un bien colectivo.

Los padres que facilitan dicho bien colectivo, que beneficia a toda la sociedad, debieran recibir recompensa por ello. Si entendemos a los hijos como un bien para la sociedad en su conjunto, debemos facilitar a los padres -quienes sostienen, forman y educan a los hijos- recompensas que vayan más allá del beneficio emocional de tener hijos, y se traduzcan en apoyos materiales para fomentar que los sigan teniendo.

